

LECCION No. 28.- LA RESPUESTA DEL HOMBRE.

Por la práctica de las virtudes hacemos vida la Ley de Dios

ANTECEDENTES: Hemos venido contemplando a través de nuestro curso una verdad innegable: el hombre, tras la caída original, no se encuentra en capacidad de enfrentarse con posibilidad de vencer: al demonio con sus tentaciones, al mundo con sus fascinaciones, y a las propias pasiones con sus excitaciones. Y con todo, estos tres enemigos nos proporcionan, cada cual a su modo, las ocasiones de vencer y así obtener méritos en orden a conseguir la vida eterna. Por tanto nos es necesario un auxilio con ayuda del cual podamos ganar las batallas y enriquecernos de méritos. Este auxilio sólo lo podremos recibir de Dios, conforme a lo que cantaba el Salmista: "Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi auxilio? Mi auxilio me viene de Yahveh, que hizo el cielo y la tierra." (Sal. 121,1).

EL AUXILIO DIVINO: Por otra parte, es seguro que si sabemos pedir este auxilio, siempre lo obtendremos pronto y con facilidad, pues de parte de Dios existe el deseo de que seamos salvos, según el designio del Padre: "...que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad." (1-Ti. 2,4).

CORRESPONDENCIA AL AUXILIO: Con todo, la victoria no la obtendremos tan sólo por la intervención divina: es necesaria nuestra contribución por medio de una vida recta y enriquecida de virtudes. En suma: al mismo tiempo que tratamos de ir construyendo en nosotros la vida interior, debemos solicitar las gracias necesarias para lograrlo por la abundancia de las virtudes, según enseñaba San Pedro en su segunda carta: "Poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la tenacidad, a la tenacidad la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. Pues si tenéis estas cosas y las tenéis en abundancia, no os dejarán inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo. Quien no las tenga es ciego y corto de vista; ha echado al olvido la purificación de sus pecados pasados." (2 Pe. 1,5-9).

DEFINICIÓN DE VIRTUD: Si, pues, por medio del cultivo de las virtudes vamos a conseguir nuestra perfección, es utilísimo conocerlas y de ello se ocupa esta lección. Virtud es el hábito o disposición permanente por el cual el hombre se inclina a hacer el bien y evitar el mal: ya dijimos al hablar de la moral, que hábito es costumbre, y así la virtud consiste en crear en la vida interior la costumbre de aficionarse al bien y detestar el mal.

* Se dice que es un hábito o disposición permanente porque no es un acto pasajero, un afecto momentáneo por el bien, sino una inclinación firme y durable que hace costumbre de ser así en el vivir.

* Decimos que nos inclinamos a hacer el bien y evitar el mal porque ese es el efecto propio de la virtud, por lo que se le puede distin-

guir de la manía, la obsesión y el ofuscamiento, que carecen del fruto de las buenas obras que es propio de la verdadera virtud, ésa que satisface al alma y atrae el favor divino: "Apártate del mal y obra el bien, busca la paz y anda tras ella. Los ojos de Yahveh sobre los justos, y sus oídos hacia su clamor." (Sal. 34,15-16).

ETIMOLOGIA DE LA VIRTUD: La palabra 'virtud' procede del latín: *virtus* = fuerza. Significa la potencia de la que se deriva el acto, a manera de causa y consecuencia. De este modo, en lo humano, la virtud produce un acto bueno, tal como el vicio, que es su contrario, produce un acto malo. Es importante entender esta idea elemental: *virtud* = fuerza, con el sentido de fuerza que tiene su origen en el espíritu y su fruto en el campo de la moral, porque de este modo se comprenderá la clasificación de la virtud en razón de su origen y en razón de su objeto.

CLASIFICACION DE LA VIRTUD: Las virtudes son varias y se clasifican en razón de su origen y de su objeto como sigue:

* En razón de su origen:

★ Virtudes infusas son las que, teniendo como origen a Dios, le son infundidas al hombre por El por vía de gracia.

★ Virtudes adquiridas: son las que el mismo hombre obtiene por la repetición de actos que llamamos hábito o costumbre.

* En razón de su objeto:

★ Virtudes teologales: las que tienen por objeto inmediato al mismo Dios como su fin sobrenatural, ordenando al hombre hacia El.

★ Virtudes cardinales, llamadas también morales: son las que tienen como objeto inmediato al hombre, en relación con sus actos honestos, realizados conforme a la recta razón.

★ Virtudes humanas: son las que se derivan de las cardinales como fruto o consecuencia de ellas. Son muchas, pero todas ellas en su conjunto se pueden resumir en las virtudes cardinales.

(Teologal proviene de teología, palabra que ya analizamos; 'cardo' significa en latín bisagra, gozne: así como una puerta gira sobre sus bisagras permaneciendo vertical, sin ladearse, el hombre debe mantenerse recto en su comportamiento sea cual sea el vaivén de su vida. Es un concepto que ya poseían los paganos grecorromanos y que hizo de muchos de ellos hombres y mujeres de sólidas virtudes y de admirable probidad en su conducta.)

TODA VIRTUD PROVIENE DE DIOS: Hemos dicho que las virtudes infusas tienen por origen a Dios, y que las virtudes adquiridas se originan en la repetición de actos del hombre: estrictamente hablando debemos afirmar que toda virtud proviene de Dios en cuanto que el hombre no es capaz de hacer nada bueno por sí solo, sino corresponder a la gracia que Dios llueve de continuo sobre él, de la que es un actor de correspondencia, y aún su correspondencia se debe a una moción de la gracia. Por eso San Pablo confiesa: "Por la gracia de Dios, soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí." (1 Cor. 15,10).

LAS VIRTUDES CARDINALES: Son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, cuyos efectos son los siguientes:

- * Prudencia es la virtud que dirige el entendimiento a fin de que examine y elija lo que debe obrar y evite lo contrario.
- * Fortaleza es la virtud que fortifica la voluntad para que decida lo que debe hacer y lo lleve a cabo, a pesar de las dificultades.
- * Templanza es la virtud que induce a moderar las pasiones y frenar los apetitos e inclinaciones a su justo límite.
- * Justicia es la virtud que inclina la voluntad a dar a cada quien lo que le corresponde.

AUXILIO AL BIEN ESPIRITUAL: Las virtudes cardinales ayudan al hombre en todos los aspectos de su vida, sobre todo en lo espiritual:

- * La prudencia le ayuda a escoger lo que es mejor en orden a conseguir la vida eterna, aceptando el bien y rechazando el mal.
- * La fortaleza le ayuda a arrostrar todas las dificultades y persecuciones, incluso la muerte, antes que perder su eterno bien.
- * La templanza ayuda a apaciguar los apetitos y la sensualidad, para que se disfruten en la medida de la recta razón.
- * La justicia ayuda a renunciar a lo que no es propio, con desprendimiento total, y a aceptar tan sólo lo propio con su limitación.

MODO DE ACRECENTAR ESTAS VIRTUDES: Tanto las virtudes cardinales, como las que de ellas se derivan, se acrecientan por medio de su ejercicio y frecuencia de prueba. Por ello es conveniente exponerse con medida a la experiencia, hasta conseguir vencer en grandes dificultades.

VIRTUDES EN LOS GENTILES: Tanto las virtudes cardinales, como sus derivadas, las virtudes humanas, fueron cultivadas dentro de la gentilidad, y así por ejemplo: los griegos, los romanos, los chinos y hasta entre pueblos de culturas inferiores, como asirios, babilonios e hititas, hubo hombres que brillaron por su sentido de la justicia, por su prudencia y buen consejo, por su valor y sentido de responsabilidad, por su sobriedad y desprecio de lo material frente a lo espiritual; muchos de ellos con gran sentido comunitario y de servicio a sus conciudadanos hasta dar la vida en bien de la patria.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES: Son tres: fe, esperanza y caridad, llamada ésta última también amor y amor de Dios. Estas mismas tres virtudes son las virtudes infusas: en efecto, si, como hemos visto, las virtudes cardinales pueden ser adquiridas por la repetición de actos hasta crear el hábito o costumbre de ellas, las virtudes teológicas sólo se pueden obtener como don que Dios hace al hombre y que llamamos gracia. Así sucede que haya hombres que con razón digan que ellos quisieran creer, quisieran tener esperanza, quisieran amar ¡pero no pueden! Es que no han obtenido la gracia para poder hacerlo, o, más frecuente, Dios se la ha dado y ellos la han rechazado.

NECESIDAD DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES: Las virtudes teológicas son necesarias para obtener la Salvación, debido a que tanto la inteligencia como la voluntad no pueden ordenarse rectamente hacia su fin sobrenatural sin estas virtudes, según la esencia de ellas:

LA FE: es la virtud sobrenatural por la que, debido a la inspiración de Dios y ayudados por la gracia, creemos que es verdad lo que Dios

mismo ha revelado y que nos es enseñado por la Iglesia, por la autoridad del mismo Dios que lo revela, quien es la Suma Verdad que no puede engañarse ni engañarnos.

* Debemos creer todas las verdades reveladas, al menos diciendo: 'Creo todo lo que cree la Iglesia Católica', y de modo concreto en la existencia de Dios: Uno y Trino, nuestro Creador y Remunerador, cuya segunda Persona, que es el Hijo a quien llamamos Jesucristo, se encarnó, padeció, murió y resucitó por nosotros.

* Manifestamos nuestra fe cuando la profesamos de palabra y de obra, e incluso si es necesario, aceptando la muerte por profesarla.

* Aunque la fe está sobre la razón, de ningún modo está contra la razón, ni jamás podrá existir desacuerdo entre la fe y la razón, puesto que el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe es el que iluminó la inteligencia humana con la luz de la razón: ni Dios puede oponerse a sí mismo, ni una verdad puede contradecir a otra verdad. Según esto, cuando encontremos que la razón discrepa en algo con las verdades reveladas, lo atinado será revisar cuidadosamente los argumentos y el proceso de nuestro razonamiento hasta encontrar la falla que causa la discrepancia, habida cuenta de que toda posibilidad de error debe de ser por nuestra parte, y nunca por parte de la Revelación o de la enseñanza de la Iglesia. Para reconocer esto siempre, se necesita una buena dosis de humildad.

COLABORACION ENTRE FE Y RAZON: La fe y la razón pueden colaborar y colaboran habitualmente siempre que la recta razón acepta docilmente los fundamentos de la fe, e iluminada por ella expone la ciencia divina; en cambio, la fe por su parte, libra y preserva a la razón del error y la ilustra en el conocimiento de las cosas.

DEBER DE MANIFESTAR LA FE: Siempre que de nuestro silencio, de un mal entendido o de una controversia pudiera seguirse de manera más o menos sobreentendida la negación de nuestra fe, el desprecio de la religión, la injuria a Dios, o el escándalo del prójimo, debemos hacer de manera externa la profesión de nuestra fe, de palabra y de obra, y si fuere necesario muriendo por su causa.

MANERAS DE PERDER LA FE: La fe se restringe, y aún llega a perderse por la apostasía (griego: apostereo = yo aparto) que es la separación voluntaria de la comunidad de la Iglesia; o por la herejía (griego: haíresis = elección, con idea de alejamiento) que es la ruptura con la comunidad de la Iglesia por diferencia de opinión doctrinal: en el primer caso por negar todas las verdades de la fe, y en el segundo, por negarlas parcialmente o dudar de ellas por un acto deliberado.

Faltan además contra la virtud de la fe:

* Los no bautizados que rechazan el bautismo después de haber sido suficientemente catequizados (infidelidad positiva).

* Los que son desiduosos para recibir la instrucción religiosa, de acuerdo con su edad y estado.

* Los que profesan y enseñan errores declarados por la Iglesia, los cuales se acercan, más o menos, a la situación de los herejes.

* Los que voluntaria e innecesariamente se exponen a peligros con-



Entre los gentiles de la antigüedad se cultivaron las virtudes cardinales, en ocasiones en grado heroico, como lo hizo Sócrates, quien, habiendo llegado al convencimiento de que el alma del hombre es inmortal, de la unidad de Dios, y de la falsedad de los dioses paganos, por enseñarlo a sus jóvenes discípulos con gran amor por la verdad, fue condenado a morir bebiendo la cicuta.

tra la fe: leyendo libros de apóstatas, de herejes o de cismáticos, o conversando con ellos sobre religión a sabiendas de que no se cuenta con instrucción y formación suficientes: "Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no es portador de esta doctrina, no le recibáis en casa ni le saludéis, pues el que le saluda se hace solidario de sus malas obras." (2 Jn. 9-11). Fijémonos que según esto, solamente al que "viene a vosotros y no es portador de esta doctrina" es a quien no hemos de recibir; en otras palabras, mientras un hermano separado en sus relaciones ordinarias no trate de sembrar el error, nuestro trato con él debe ser el que tenemos para los demás conforme a la Ley del amor de Cristo.

LA ESPERANZA: Es la virtud sobrenatural por la cual, debido a los méritos de Cristo y por la bondad, omnipotencia y fidelidad de Dios, esperamos la vida eterna y las gracias necesarias para conseguirla.

EL DESEO DE LA BIENAVENTURANZA: Desde luego, para que pueda existir la esperanza de la vida eterna, es necesario que exista el deseo de obtener la salvación, la seguridad de la bienaventuranza prometida por Dios, y la fe en la existencia del mismo Dios, ya que no es posible esperar sin desear, desear sin confiar, y confiar sin creer.

EL DESEO DE LOS BIENES TEMPORALES: El cristiano pone su confianza en Dios, no sólo por lo que respecta a la obtención de la vida eterna, sino que su existencia terrena toda la finca en la Suma Bondad de Dios: "pues en El vivimos, nos movemos y existimos" como enseñaba San Pablo a los de Atenas (Hech. 17,28).

COMO EXTERNAMOS NUESTRA ESPERANZA: La manera de dar a conocer nuestra confianza en Dios, que puede llegar a ser abandono en manos de Dios, deberá ser no sólo de palabra, sino también de obra, cuando fiados desde lo más profundo de nuestro ser en las divinas promesas, toleramos pacientemente las asperezas de la vida: dolores, trabajos, fatigas, enfermedades y muerte; sobre todo, en el campo espiritual, habremos de soportar con buen ánimo las persecuciones, humillaciones y demás pruebas por causa de la fe, de todo lo cual instruye el Apóstol: "El mismo Dios que dijo: 'De las tinieblas brille la luz', ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." (2 Cor. 4,6-10).

CONFORMIDAD, NO CONFORMISMO: Ya se ve que la esperanza es según San Pablo, una virtud positiva, no un elemento negativo para aceptar pasivamente las circunstancias prohibitivas de nuestra realización. Por tanto, el cristiano frente a la prueba debe actuar a la



Cuando el centurión pidió a Cristo la salud de su criado (Mt.8,5) demostró tener una gran fe y la humildad necesaria para ello. Nos hace recordar a Baruc cuando dice (3,33): *“El que envía la luz, y ella va; el que la llama, y temblorosa le obedece; brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría, los llama El y dicen: ¡Aquí estamos!, y brillan alegres para su Hacedor: Ese es nuestro Dios.”*

vez con entereza, perseverancia y decisión, para tratar de modificar las circunstancias que lo rodean y vencer los obstáculos que le impidan el éxito de su causa, de cualquier orden: físico, moral, espiritual, temporal o perdurable, humano o divino. Pero en ello lleva de ventaja sobre los demás hombres que va confiado en Dios que sostiene su causa, porque ella es de justicia y querida por el mismo Dios: "A los ricos de este mundo recomiéndales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas sino en Dios, que nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos." (1 Ti. 6,17). "Me alegré mucho en el Señor de que ya al fin hayan florecido vuestros buenos sentimientos para conmigo. Ya los tenéis, sólo que os faltaba ocasión de manifestarlos. No lo digo movido por la necesidad, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquél que me conforta." (Fil. 4,10-13).

LA PERDIDA DE LA ESPERANZA: La esperanza, como la fe, puede perderse por actos contrarios a ella: por la desesperación o por la presunción, y en general debido a las mismas causas por las que se pierde la fe, puesto que la pérdida de la fe deja sin esperanza: el que no cree en alguien no puede esperar nada de él. La desesperación es la desconfianza voluntaria y deliberada de obtener de Dios la felicidad eterna y los medios necesarios para conseguirlo. La presunción, por el contrario, es la confianza temeraria de llegar a obtener la salvación: sea sin necesidad de la gracia, sea sin necesidad de la salvación.

RESUMIENDO:

Nuestra salvación es obra de cooperación de Dios y nosotros.
 Nuestra perfección está en el cultivo de todas las virtudes.
 Las virtudes cardinales se cultivan por la repetición de los actos.
 Las virtudes cardinales y humanas las llegaron a adquirir por medio de los buenos hábitos los gentiles de la antigüedad.
 De todos modos, toda virtud se adquiere por correspondencia a la acción de la gracia, la que Dios hace llover y a nadie niega.
 Las virtudes teologales son infundidas por Dios como gracia y nunca se adquieren por la costumbre, si bien pueden pedirse por la oración.
 Sin fe no se puede esperar; sin fe ni esperanza es imposible amar.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿Cómo es tu conducta: se asemeja a la del pagano o, como cristiano íntegro, se basa en las virtudes cardinales sostenidas por las virtudes teologales?
 ¿Te has dado cuenta de que el vicio es la mala costumbre de admitir el pecado frecuentemente, y la santidad es la depuración del pecado para vivir según santas costumbres?
 ¿Podrás tener la entereza de no volver a 'esa' pasión dominante?

RESOLUCION: Señor Jesús, quiero imitarte en una vida libre de faltas; sé que sin tí nada puedo hacer: ayúdame a conseguirlo.